

MARIA R. LIDA de MALKIEL

LA PEREGRINA EN SU PATRIA

Separata de la Revista Universidades N.º. 5

UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA
BUENOS AIRES

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA
LATINA. CENTRO DE INFORMACION Y
DOCUMENTACION UNIVERSITARIAS.

Ustedes recordarán aquella deliciosa y absurda novela de Lope de Vega, unánimemente condenada por los críticos que no la han leído, que se titula *El peregrino en su patria*. Es una novela de amores y penitencias, de repentinas separaciones e inesperados reencuentros, de regocijos y lágrimas, de juegos líricos y teatrales y de espantos de pesadilla. Yo, si perdonan ustedes el inmodesto pronombre, continuaré en cierto modo esa línea de contrastes. Porque, contra la voluntad de mi juventud, que mi amiga Francisca Chica Salas expresó en un claro verso “no, no me iré demasiado lejos”, me he ido demasiado lejos en el espacio y en el tiempo, y ahora, al volver, me siento un poco extraña y peregrina en mi propia tierra. Pero a la semejanza del título opongo la desemejanza del contenido. No hay, alabado sea Dios, nada de melodramático en la confesión pública que voy a hacer. En estas confidencias sobre las universidades norteamericanas en las que he actuado, desearía reflejar lo que he visto y hecho, lo que, en mis condiciones, cualquiera hubiera podido ver y hacer. El prisma personal es inevitable, pero estas palabras no serán una efusión de intimidad al modo romántico, sino una exposición al modo antiguo y medieval, en que “yo” quiere decir “un hombre, como otro, pecador”.

Comienzo, pues, por declarar que *no* soy profesora titular de la Universidad de California en Berkeley, donde vivo, por la muy poderosa razón de que lo es mi marido y, tratándose de

una universidad estatal, está rigurosamente vedado que miembros de una misma familia enseñen en un mismo departamento, para evitar que en una sesión de consejo se sumen votos iguales. De ahí que las esposas de profesores con veleidades intelectuales, o bien se dediquen a la pura investigación en las horas que dejan libres el fregado, el guisado y la costura, o bien se conviertan en profesoras trashumantes. La mayoría, y yo entre ellas, alternamos períodos de investigación y períodos de trashumancia. Pero durante las vacaciones de verano, junio, julio y agosto, no enseñando el profesor, sí puede enseñar su mujer, y en esta forma comencé en Berkeley, de 1948 a 1950, mi experiencia universitaria norteamericana, que continué durante los cursos de verano en 1952 en Columbus, Ohio y en 1958 en la Universidad de California, en Los Angeles.

¿Cómo se conciertan en los Estados Unidos en general los nombramientos de profesores universitarios? Pues de modo muy flexible, sin presentación y examen de documento alguno, muchas veces en una breve conversación telefónica a la que sigue un contrato de cuatro líneas pero, eso sí, con gran anticipación —un año, por lo general, salvo caso imprevisto, y estipulando muy explícitamente todas las obligaciones. Los nombramientos se hacen, por supuesto, sobre la base de lo que la universidad necesita, y sobre la base de lo que el profesor ha hecho. En ninguna parte de la tierra, señoras y señores, perjudica a nadie tener el tío alcalde o haber nacido en una familia de alcaldía hereditaria, pero en países anglosajones y escandinavos, el abolengo, las conexiones y la ciudadanía, créase o no, no son lo esencial. Yo soy ciudadana argentina, y no sólo me han nombrado a mí sino que más de una vez me han pedido mi dictamen para nombrar a profesores norteamericanos, y sé de distinguidos eruditos a quienes la ciudadanía extranjera no ha impedido llegar a ser jefes de departamento. Tampoco, a decir verdad, es esencial el título. El profesor de literatura española más prominente en California es hoy don José F. Montesinos, sin doctorado, pero sí redactor de la *Revista de Filología Española* en los buenos tiempos del Centro de Estudios Históricos y, como ustedes saben, autor de renovadores estudios y ediciones de los hermanos Valdés,

de Lope, del Romancero Nuevo, de la novela del siglo xix. Lo que cuenta, aparte los años de aprendizaje, es dónde y cómo se ha enseñado e investigado, a qué asociaciones estudiosas se pertenece. Me honro, por ejemplo, en pertenecer a la Academia Argentina de Letras, a la Real Academia de Córdoba (la Córdoba de Juan de Mena), a la Hispanic Society de Nueva York, y a otras varias. A riesgo de caer en pecado de digresión, no quiero omitir la Asociación Norteamericana de Mujeres Universitarias. Quizá su mayor empeño sea sostener un gran número de becas para estudiosas universitarias extranjeras, becas donde lo reducido del estipendio se compensa con la solicitud siempre afectuosa, siempre risueña con que se acoge, guía y vela en todo sentido por las viajeras. La Asociación posee en Washington una Casa-Biblioteca que acaba de levantar con donación extraordinaria de todas sus socias, un boletín trimestral, rebotante de información muy seria, impartida en la forma más sencilla y amena, algunos fondos para costear investigaciones y también para otorgar modestas sumas —con la condición única de no pedir las— a mujeres de labor conocida y que, gracias a este subsidio, pueden completar sin interrupciones el trabajo que tienen entre manos o emprender el próximo. Así pude acabar en 1959 mi libro sobre *La Celestina*, gracias al subsidio que en 1958 me habían otorgado esas señoras; sin más obligación que la de hablar media hora ante ellas, sobre lo que me pareciera. Yo, pasatista y pesimista por temperamento, hablé en esa ocasión sobre la suerte inmensa que era para una mujer como yo, haber nacido en América en el siglo xx. Porque sólo en la América democrática y en el siglo xx, una mujer cualquiera, como yo, podía estudiar libremente cuanto quisiera y, estando en tierra ajena, de otra lengua y otra tradición, bajo el predominio aplastante de la ciencia y de la técnica, podía recibir recompensa por haber trabajado en un campo totalmente impopular. Y recordé, como contrapueba, el caso de aquella mujer única, Sor Juana Inés de la Cruz, tan sedienta de saber —y no del saber silogístico de su México colonial, sino, por ironía, sedienta de ciencia y de técnica— cuya vida quedó frustrada porque no tuvo la suerte de nacer en la América democrática, en el siglo xx.

Volviendo a los nombramientos profesoriles. Más importante que todo lo enumerado es, al fin, lo que se ha hecho y lo que se va haciendo, la lista de libros y artículos publicados —con muy rigurosa indicación bibliográfica—, y la descripción concisa y exacta del trabajo del momento. Eso determina básicamente nombramientos y ascensos. Claro que no hay situación humana que, por humana, no tenga su punto flaco: aquí lo es el tomar la investigación no como fin en sí sino como medio de escalar en tiempo mínimo todas las gradas del profesorado, hasta alcanzar la apetecida cátedra titular en una universidad de renombre. Los universitarios estadounidenses están muy alerta a ese peligro. Entre las muchas formas en que lo combaten recordaré el clásico diálogo de dos profesores que se encuentran en un congreso científico. Me lo refirió un pariente que enseña en Harvard:

“—¿Qué libro está usted escribiendo?

“—No estoy escribiendo ningún libro.

“—¿Qué artículo?

“—Ningún artículo.

“—¿Qué reseña?

“—Ninguna reseña.

“—¿Qué lee usted?

“—No leo nada.

“—Pero, en fin, ¿qué hace usted?

“—No hago nada: soy *full professor* de Harvard”.

En definitiva, lo que cuenta es el aporte original del candidato al progreso de su disciplina, y eso pesa mucho más que su habilidad pedagógica o el brillo de su palabra —que no pesa nada, por el horror casi enfermizo del anglosajón a la oratoria. El esfuerzo de adaptación está prácticamente a cargo del estudiante, pues autoridades y alumnos se guardan muy bien de imponer las normas nacionales y, al contrario, aprecian la diversidad del profesor extranjero que, manteniéndose fiel a sí mismo, les ofrece un primer contacto personal con la cultura respectiva.

En los cursos de verano, la concurrencia suele ser heterogénea. Nunca falta el par de maestros que engullen estoicamente el cursillo de seis u ocho semanas con los ojos puestos en el aumento de sueldos consiguiente. Tampoco falta el par de niñas

que se inscriben porque los días de verano son tan largos, y los jardines de la universidad tan a propósito para anudar amistades. También están los otros: el estudiante concienzudo, deseoso de colmar las lagunas de su aprendizaje; el estudiante crítico, amigo de cotejar y observar —con toda malicia juvenil— cómo encara un profesor nuevo el punto que él ha estudiado con su profesor regular, y el estudiante-enseñante, a menudo atestado de doble de trabajo y responsabilidad de familia durante el año, y que en verano se rejuvenece al convertirse otra vez en mero estudiante. Muchas veces concurren jóvenes profesores, interesados en el tema, que con su sola presencia estimulan a los demás, y que en la discusión y comentario forman el eslabón ideal entre el profesor visitante y los alumnos.

Enseñé durante el cuatrimestre de otoño de 1955 en la Universidad de Harvard (y luego en otras universidades) un curso panorámico y un curso de seminario —un curso que recorre un sector amplio de la asignatura con el fin de fijar conceptos básicos y sobre todo de despertar interés para un estudio ulterior más minucioso, y un curso que enfoca un sector particular con el fin de examinarlo en detalle y, sobre todo, preparar a los estudiantes para la investigación original. Este curso de seminario ofrecía la ventaja de que los alumnos no eran precisamente profesores de español, sino futuros profesores de filología romance con especialización en tal o cual lengua neolatina, generalmente francés o italiano; y naturalmente, los especializados en italiano se encontraban en condiciones superiores para situar en su correcta perspectiva la literatura española de los siglos xv, xvi y xvii, mientras que los especializados en francés sobresalían por una actitud más rigurosa, menos ditirámica y menos a la defensiva de lo que suele pasar por crítica entre los hispanistas químicamente puros.

Acabado este cuatrimestre harvardiano, pasé a dar un curso de seminario sobre *La Celestina* en la Universidad de Wisconsin, uno de los centros del hispanismo norteamericano. ¿Qué relación, dirán ustedes, puede haber entre el hispanismo y ese estado del centroeste, especializado en la industria de la granja? California cuenta con un pasado hispánico que atrajo a un gran

cervantista como Rudolf Schevill y a un gran lopista como Sylvanus Griswold Morley. Harvard, por su temprano desarrollo, ha sido una de las primeras instituciones en acoger las lenguas modernas en nivel universitario: ustedes recordarán que fue cierto joven profesor francés de Harvard quien reeditó, por primera vez, desde el Siglo de Oro, *La Estrella de Sevilla*, antes de que se reeditara en España. La paradoja de Wisconsin estriba en que el auge de sus estudios hispánicos nació de una sola personalidad, la de un joven del Centro de Estudios Históricos de Madrid, Antonio García Solalinde, enviado a enseñar allí y que, gracias a su talento, a su laboriosidad y a su don de simpatía, logró rodearse de un círculo de alumnos y emprendió con ellos una magna empresa: la publicación de las obras inéditas alfonsinas. En estos últimos años van apareciendo, encabezados por el nombre del maestro muerto, los tomos de la *General estoria*, impresos en Madrid por razones obvias, pero editados con todo esmero por los alumnos norteamericanos de Solalinde, no en Madrid ni en Toledo ni en Sevilla, sino en Madison, Wisconsin —que a buen seguro no figuraba en la cosmografía de Alfonso el Sabio.

Enseñé los dos cuatrimestres (esto es, el curso regular completo) de 1959 a 1960 en la Universidad de Illinois, situada en la minúscula ciudad de Urbana, que goza de un clima privilegiadamente infernal, de calor insoportable en otoño y con nieve de noviembre a mayo. Confieso que se oprimía mi alma meridional ante la caída incesante del plumón blanco, amortiguador de ruidos, amortajador de vida, y pronto convertido en charco o en resbaladero. Agregaré —si perdonan ustedes esta digresión climatográfica— que en Urbana sentí por primera vez la emoción hondísima del ciclo de las estaciones, la emoción de Perséfone, que al comenzar el invierno desaparece bajo tierra con sus brazadas de flores y reaparece en primavera para reunirse con su madre Deméter, madre del trigo, madre del trabajo de la tierra, madre del orden y de la ley. Todo estaba muerto en el silencioso invierno blanco y de repente, a ojos vistas, con prisa casi cómica, todo brotaba y florecía en gozosa lección de inmortalidad. Urbana, Illinois: pequeña, feísima y aislada; Urbana

puritana y sin tentaciones, pero con la biblioteca mejor organizada que conozco, con los profesores más dispuestos a la colaboración cordial aun a través de las barreras que la especialización levanta entre Departamento y Departamento, y dentro de cada Departamento, gracias a la paz octaviana mantenida a costa del tacto y la paciencia infinita de sus jefes. A Urbana vine a ocupar una cátedra Miller. Fue el señor Miller cierto profesor de matemáticas, pobre vergonzante, a quien sus colegas solían visitar con más frecuencia de lo usual para tener pretexto de proporcionarle artículos de primera necesidad. A su muerte el señor Miller legó exclusivamente a la Universidad de Illinois —con indignación y pleitos de su parentela— la suma resultante de aplicar su talento matemático al cultivo de no sé qué acciones. Los intereses de esa suma costean las cátedras Miller de Ciencias y Humanidades que, aparte la enseñanza, incluyen media docena de conferencias en inglés para el público general (a la verdad, no tan general en esa pequeña ciudad universitaria). Mis seis conferencias versaron sobre Juan Ruiz y sobre *La Celestina*; al reanudar la serie en el segundo cuatrimestre, mi querido y doctísimo amigo, el filólogo Henry R. Kahane, y el jefe de mi Departamento, profesor William H. Shoemaker, bien conocido por sus trabajos sobre teatro español del siglo xvi y sobre Galdós, me invitaron a publicar esas conferencias en forma de libro, por las Prensas Universitarias de Illinois. El costo de la impresión de libros que carecen de demanda vulgar es tan exorbitante en los Estados Unidos, la selección de las Prensas Universitarias es tan restringida, con lógica preferencia por los profesores titulares, que apenas puedo dar a entender la generosidad de la oferta. Inmediatamente el profesor Philip Kolb, autoridad en estudios proustianos y miembro del Comité de Selección, se encargó de proponer el libro y allanar todos los requisitos necesarios. Me advirtió también, para que no me forjara ilusiones, que el libro no saldría enseguida, sino a los dieciocho meses; esto casi a mediados de 1960. He recibido y corregido ya las dos pruebas; el libro está acabado y saldrá para setiembre, cuando comienzan las clases. No hubo hijo que costase a su madre menos dolores que este librito mío de Illinois. Pienso en mis aventuras y des-

venturas editoriales con dos instituciones culturales, una de México y otra de Colombia, y no sé si reír o llorar.

Desde setiembre del año pasado enseñé en Stanford —universidad privada, como Harvard—, que tiene para mí la ventaja de permitirme continuar en mi residencia, pues está situada en California, unida por una famosa avenida de palmeras a un pueblo que responde al nombre no excesivamente anglosajón de Palo Alto. Arquitectónicamente, Stanford es una de las universidades más armoniosas que conozco. Las aulas y despachos forman un rectángulo de edificios bajos, al estilo de las misiones que poblaron California en el siglo XVIII, de techos de teja y paredes de piedra rosada; frente a los edificios corre un pórtico, adornado de tanto en tanto con una fuente de azulejos. En el centro y alrededor del rectángulo, jardines siempre olorosos, que no en vano Garci Rodríguez de Montalvo, padre adoptivo del *Amadís* y padre natural del *Esplandián*, anota que está California “muy allegada a la parte del paraíso terrenal”. Más allá de los jardines, cara al rectángulo, se encuentran la Biblioteca, la Administración, el Teatro, la Cooperativa de los estudiantes, etc. Stanford quiere mantenerse reducida y practica muy estricta selección de alumnos. Sin embargo —me refiero siempre al Departamento de Español y descarto siempre las excepciones—, esos alumnos no aventajan notablemente a los de otras buenas universidades. La razón es tan obvia como inevitable: en nuestro tiempo el prestigio de las ciencias y más aún el de las técnicas ahoga las humanidades en todo el mundo, máxime en los Estados Unidos, por modalidad inherente. A las ciencias y a las técnicas va el estudiante condicionado por cuanto ve y oye desde que nace, estimulado por la competencia de los mejores, fascinado por el éxito en todo sentido, de tal suerte que su vocación es “espontánea”, como la presión social comparable, pero en otra dirección, determinaba la “espontánea” vocación por la teología en los siglos XII y XIII, y por la filología clásica en los siglos XV y XVI. ¿Entre quiénes, pues, se reclutan en los Estados Unidos los estudiantes de humanidades? Salvo casos individuales, entre los intelectualmente rebeldes —éstos son los mejores, seguros de su vocación, tenaces y abnegados—, pero

también entre los que se contentan con una rutina humilde y sin lucha, entre los apocados, entre los mediocres, los holgazanes, los derrotados. Cosa triste; hay entre estos últimos numerosos estudiantes españoles e hispanoamericanos, que han venido a los Estados Unidos para graduarse en ciencias y, no pudiendo satisfacer la exigencia de estas escuelas, han optado por la línea de menor esfuerzo: el estudio de la lengua materna, que abordan sin preparación y sin vocación. Aun dentro de las humanidades, nuestros tiempos han impuesto jerarquías nuevas: no es posible comparar la boga de las ciencias sociales, de la antropología, la lingüística descriptiva, la literatura contemporánea, con el de la historia, filología clásica o moderna, literatura de otra época. Aquí he palpado la radical indiferencia a la historia del norteamericano, frente al apego, quizá excesivo, del hispanoamericano (y la inversa curiosidad geográfica del norteamericano frente al aferramiento del hispanoamericano a su marco local). La minoría que en los Estados Unidos llega a interesarse en el pasado cursa de preferencia las lenguas y literaturas clásicas y la literatura inglesa (no la lengua inglesa, pero esto es capítulo aparte). Y por todo ello, sería muy injusto comparar los estudiantes de literatura española en los Estados Unidos con los estudiantes de literatura española en país hispánico, y no tanto por tratarse aquí de cultura nacional, como porque, en el esfuerzo por adquirir las virtudes de trabajo, disciplina, solidaridad y organización, eminentes en la América anglosajona, no tenemos por qué perder el instinto artístico, el sentido de la historia —para comprender en su raíz la acción presente, no para inhibirla—, y esa necesidad de elegancia, esa aspiración al refinamiento espiritual, ingénitas en la tradición mediterránea.

Querría decir dos palabras sobre las condiciones de trabajo del profesor universitario en los Estados Unidos, tales como yo las conozco. En los Estados Unidos, el profesor universitario, a la inversa de lo que pasa en nuestro país, no goza del menor prestigio social. Fuera de su círculo, es un maestro como el que enseña los palotes, y con función bastante menos comprensible para el ciudadano medio que la del práctico que enseña a manejar la sierra o la perforadora eléctrica. No goza del menor pres-

tigio social, pero la Universidad le asegura un pasar decente, que le permite dedicar todo su tiempo a enseñar y a aprender, o sea, investigar. Por eso, la Universidad provee a cada profesor de un despacho con todo lo necesario para su trabajo, porque el profesor pasará allí la mayor parte de su día y allí, además, atenderá, según el horario convenido, las consultas de los estudiantes —de esos estudiantes que en los cursos bien adelantados de humanidades rara vez llegan a quince y por lo común no pasan de cinco. En tales consultas, mucho más que en la clase, se cimenta la relación personal de confianza y respeto mutuos que es el *humus* imprescindible para toda instrucción. Los despachos, a menudo celdas de desnudez monástica, están o bien situados dentro de la biblioteca misma (así en Harvard y en Wisconsin), o bien en el edificio de las aulas, y en este caso se asigna al profesor otro despacho en la biblioteca o, por lo menos, mesa y estantes, no en los salones generales de lectura, sino a lo largo del espacio reservado a los libros, en esas selvas mágicas formadas por hileras paralelas de estantería, que llenan un piso y otro y otro, hasta formar los nueve de las Bibliotecas de Berkeley y Urbana, los once, creo, de la Widener de Harvard. La Universidad de Austin, Texas —estado que padece de un endémico complejo de superioridad— posee veinte y tantos pisos alojados en una torre que constituye el edificio más visible de la ambiciosa ciudad.

Para concluir, insistiré de nuevo en la importancia reconocida a la investigación en la enseñanza universitaria norteamericana, reconocida con toda razón, en mi sentir. Hace unos años traduje, a la memoria de mi maestro Amado Alonso, unas reflexiones de Étienne Gilson sobre la enseñanza como única forma de la vida activa conciliable con la vida contemplativa. Y es verdad. De mi maestro Amado Alonso aprendí a explicar desde la cátedra universitaria sólo aquello que no anda explicado satisfactoriamente en letra de molde, sólo aquello que he comprobado o averiguado personalmente. Y de mi propia experiencia he aprendido, por otra parte, que no hay estímulo más eficaz para la investigación que la enseñanza universitaria. La urgencia de plantear los problemas tan rigurosamente como sea posible, con

la atención aguzada por la responsabilidad de afrontar a los estudiantes, ¡cuántas veces me ha hecho reparar en fallas de teorías o explicaciones que había admitido pasivamente! ¡cuántas veces me ha llevado a reexaminar cada dato de mi información y cada eslabón de mi razonamiento! Algunos libros míos deben mucho a los jóvenes a quienes he tenido como alumnos, y muchos de mis estudios han surgido de mis cursos o se han desarrollado paralelamente a ellos, y ha sido para mí placer no pequeño estampar al pie el nombre de la universidad donde nacieron. No me sentiría digna de la confianza que ha depositado en mí esta Casa, si tras mi paso por ella no yace prieto en escrito, bajo algún próximo trabajo, el nombre querido: "Universidad de Buenos Aires".